

Exigencias

de la participación

La democracia es un modo de tomar decisiones en donde el diálogo y la negociación sustituye a la fuerza y la imposición. El interlocutor de la negociación es el pueblo organizado, esto es, la sociedad civil conformada por ciudadanos. La convivencia democrática entiende al ciudadano no sólo como el receptor de beneficios que responde a la exigencia de derechos económicos, sociales y culturales, sino al ciudadano sujeto interesado e involucrado en lo público y comprometido con el destino de la sociedad. El diálogo permanente y dinámico hace impensable la democracia sin la participación de los ciudadanos organizados.

Pareciera que hay crisis de la participación. Por una parte el gobierno convoca y la gente responde a través del hilo directo con el líder. Es una participación aclamacionista de adhesión afectiva en donde la identificación permite sentirse protagonista, sin establecer mecanismos de corresponsabilidad. Y por otra parte, ante la fragmentación social cabe preguntarse si en la realidad se desea participar y se quiere pagar el precio de encontrarnos en un horizonte común.

Ciudadanía: compromiso recíproco

Si queremos avanzar en el fortalecimiento democrático tenemos que impulsar el diálogo entre los poderes públicos y los ciudadanos. El diálogo que sustente el compromiso de los poderes públicos para respetar la autonomía de los individuos y su participación en lo que concierne tanto a su bienestar, a la responsabilidad de los ciudadanos en participar a través de las instituciones políticas, como a los mecanismos de representación y deliberación para que sus demandas e intereses se inserten en el debate público. Este compromiso recíproco de corresponsabilidad en un horizonte común, refleja claramente que si bien la participación es condición

indispensable para la vida democrática, también lo es la construcción y fortalecimiento de canales institucionales para consagrar la participación. Entendámonos, la participación resulta una quimera sin instituciones y canales reales que articulen la voluntad de los ciudadanos.

Muros invisibles

Tejada por múltiples hilos invisibles existe una matriz de opinión generalizada en donde se asume que el pueblo no sabe, no tiene, no puede, no vale, y por lo tanto, necesita ser objeto de la acción de alguien, otros tienen que hacer por él. Esta matriz refuerza la concepción paternalista, asistencial que impide reconocer al pueblo como protagonista y sujeto de corresponsabilidad con otros actores para insertarse en las decisiones de la sociedad. Visión miope, porque si se asume que el pueblo no va a salvar al pueblo, tampoco es posible pensar en salvar al pueblo, si lo concebimos como simple destinatario.

En los últimos tiempos existen tendencias que justifican la relación directa entre el líder y el pueblo para demostrar la identificación y validez con su causa. Se acepta entonces, el predominio del apoyo mayoritario del pueblo sobre la limitación jurídica del poder gubernamental. Es la sustitución de la participación por la delegación, al considerar que la persona que gana la elección está autorizada a gobernar como ella crea conveniente, limitada tan sólo por las relaciones de poder existentes o por la fijación del lapso de su mandato. La legitimidad se apoya más que en la legalidad, en el carácter soberano del pueblo del cual emana el mandato del Presidente. En este sentido, el personalismo presidencial encarna a la nación, define y defiende sus intereses. La delegación del poder sustituye la participación organizada.

La experiencia ha demostrado que la persona más capaz no puede atender más de un cinco por ciento de la gente que acudiría a plantear sus problemas o demandas y menos aún responder efectivamente a un mínimo de la gente que verdaderamente lo necesita. El efecto de demostración del uso del poder distorsiona la realidad, no dudamos que se puede remediar algunas cosas pero, además de que ello ignora la capacidad y dignidad de la persona, es camino seguro para la acumulación de los problemas ya que estos no se resuelven estructuralmente.

Pretender que los problemas individuales se pueden solucionar individualmente suele ser un atractivo slogan publicitario, pero nada más.

El costo de la participación

Asumir la responsabilidad personal y colectiva de la vida pública no es una actitud espontánea, porque implica esfuerzo, riesgos y compromisos opuestos a la pasividad que nos impone la comodidad, la ignorancia, la sobrevivencia o sencillamente la fuerza del poder.

Es costoso romper el paternalismo que nos ha facilitado la renta petrolera, ese «milagro» que queremos que se repita diariamente, y que ha llevado a que se piense que «Dios es venezolano» pues ante cualquier sacudida siempre su «mano» aumentará los precios petroleros. El paternalismo estatal nos ha acostumbrado a delegar en el Estado nuestro bienestar personal y la solución de nuestros problemas, lo que nos exime de ser protagonistas de nuestra vida política y moral. Paternalismo que también es evidente en nuestra delegación de responsabilidades al elegir representantes desde el vecindario, la escuela, el gremio hasta los poderes públicos. La representación tal como la enten-

demus, aquella que sustituye nuestra participación responsable tanto al elegir como al exigir resultados, deja de ser representación y canal democrático y tan sólo nos permite descargar el costo de insertarnos en la vida colectiva.

Pero los diagnósticos y las respuestas simples no tienen cabida en la transformación social que queremos y que hemos iniciado. La realidad es compleja y afrontarla exige reconocer tanto la diversidad de las voluntades humanas, como las condiciones de su entorno vital. Sin participación organizada no hay interlocutores. Y sin interlocutores no hay consensos que permitan compartir el horizonte de pertenecer y construir una sociedad. Sin descartar la fuerza de la voluntad para sortear dificultades es hora de que los sistemas políticos escuchen y sean capaces de absorber las nuevas formas de hacer de los movimientos sociales y el aprendizaje que la misma sociedad propone en el diseño de las políticas públicas. No dejaremos de insistir en la recuperación de lo público, en la descentralización para avanzar en la convivencia democrática, productiva y responsable. Lo público es el lugar de encuentro donde se descubre y construye el sentido de pertenencia. Es la posibilidad de contrarrestar la presión centrifuga de aislarnos en lo privado y la pérdida de la cohesión social. ¿Estamos dispuestos a pagar el precio de abrirnos a la participación?

El reto es operacionalizar la participación

El derecho de todo ser humano a la participación ha sido una constante en el ideal democrático y libertario en América Latina. A pesar del consenso existente de estos derechos y de la voluntad de movilizar a todos los actores de nuestras sociedades, la brecha de desigualdad creciente señala

serias trabas en nuestra capacidad para concretar mecanismos reales y permanentes de participación.

Entre ellas, podemos destacar la presencia del espejismo del líder que resuelve de inmediato o a corto plazo por imposición o demagogia y con ello descalifica cualquier esfuerzo sistemático para fortalecer mecanismos de participación. En este mismo orden de ideas, puede recordarse la utilización de consultas electorales como maquinarias de apoyo afectivo. En ambas situaciones la participación está limitada y se operacionaliza sólo en función de la coyuntura.

Parece ser imprescindible procurar que la adhesión inicial genere los medios y las condiciones para establecer y respetar acuerdos, pactos, consensos, creando mediante la acción, las reglas del juego de la convivencia y la conciencia responsable de sus propios logros.

La carencia de canales institucionales para dar respuesta a los problemas de todos los días impulsa la solución arbitraria y la improvisación constante. La participación de la sociedad civil organizada con todas las expresiones de la heterogeneidad humana facilita las normas y procedimientos que aseguren el aprendizaje de la corresponsabilidad entre los diferentes actores en su propio bienestar. Es imprescindible la confianza y la continuidad.

Hay vacíos que ni las leyes, ni el dinero pueden llenar y es la presencia, voluntad y decisión de los ciudadanos por construir su propio destino.